

Cerca del Gólgota

Carlos Etxeba

PERSONAJES

JESUCRISTO.

S. PEDRO.

JUDAS ISCARIOTE.

CAIFÁS.

ANÁS.

PILATOS.

HERODES.

TRES SOLDADOS.

LÁZARO.

CIEGO DE NACIMIENTO.

La escena representa un monte arisco con un árbol sobresaliendo sobre un precipicio. Entran paseando CAIFÁS y ANÁS, vestidos con gran profusión de ornamentos, como corresponde a su dignidad religiosa con dos grandes báculos.

CAIFÁS.- Anás, me ha dicho Pilatos que va a venir con Herodes para pasear y hablar con nosotros sobre el asunto del falso profeta de Nazaret. Yo creo que no tardarán mucho. En estos mismos momentos lo estarán ajusticiando. Yo creía al principio que el asunto del loco de Nazaret, se nos podría escapar de las manos.

ANÁS.- Caifás, también a mí me parecía que se revelaría contra nosotros y que iba a ser difícil capturarlo.

CAIFÁS.- Estaba completamente loco. ¿Quién podría imaginarse que iba a acabar autoproclamándose el Mesías? ¡Pasó de llamarse el Hijo del Hombre a llamarse el Hijo de Dios, cuando

en realidad era hijo de un humilde carpintero! ¡Quiso subirse tanto que se estrelló!

(Ríen los dos con grandes carcajadas.)

ANÁS.- Era un loco completamente indefenso. Los he visto mucho peores. He visto a locos atacar a todos los que les rodean, a sus padres, hermanos e hijos. Pero a éste le daba por entregarse humildemente, como un corderito que no sabe a dónde le van a llevar.

CAIFÁS.- Ni siquiera se daba cuenta de que sus idioteces le iban a llevar a la muerte en la cruz.

(Nuevas risas con grandes carajadas.)

CAIFÁS.- ¿Te fijaste el coraje que tenía para afirmar delante de nosotros que era el Hijo de Dios?

ANÁS.- Sí, Caifás. Lo decía con toda la naturalidad del mundo, como quien cumple una obligación.

CAIFÁS.- No hemos tenido más remedio que matarlo. Este tipo de locos son peligrosos. Se ponía a insultarnos en el interior del templo. Se creía el mejor maestro de la Ley. Estaba loco de remate. Aún me acuerdo de su expresión exaltada, cuando le pregunté si se creía el Hijo de Dios. Me contestó seriamente, como quien no se daba cuenta de que esas palabras podrían acarrearle la muerte: «Tú lo has dicho y además os digo que desde ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Padre venir sobre las nubes del cielo». ¡Pues no hacían falta nubes para sostenerlo de esta forma en el cielo!

(Ríen los dos con grandes carcajadas.)

CAIFÁS.- Después de esta confesión ridícula entró en un mutismo absoluto. Fue patético. Mis criados le pagaban, le daban bofetones y puñetazos. Se reían de él. Le tapaban la cabeza y le decían: «Adivina quién te dio este puñetazo» y Él no decía nada. No sabía quién le pegaba.

(Vuelven a reír con grandes carcajadas.)

ANÁS.- Lo mismo me ocurrió a mí. Hubo un momento en que parecía una piltrafa humana. Era el típico caso de un loco mudo que no tiene ninguna capacidad de reacción.

CAIFÁS.- Mira, y a vienen Pilatos y Herodes.

(Entran PILATOS y HERODES, vestidos ambos conforme a sus dignidades particulares. PILATOS como Gobernador de Judea y HERODES de Galilea. Llevan una escolta de dos SOLDADOS.)

PILATOS.- Salve, amigos. Os comunico que al falso profeta lo están crucificando en este momento en el Gólgota conforme a vuestros deseos.

CAIFÁS.- No solamente conforme a nuestros deseos. También conforme a los deseos de todo el pueblo que lo odiaba.

HERODES.- Desde aquí podemos ver y oír los gritos de la muchedumbre que le están insultando.

(Se oyen voces lejanas. Miran hacia el lateral del monte de donde provienen las voces.)

PILATOS.- Es la condena más injusta que he hecho en mi vida. Es condenar a muerte a un loco, por el mero hecho de estar loco, con el agravante de que no era peligroso. Predicaba la paz, la tolerancia y el perdón.

CAIFÁS.- Tú como romano no entiendes nuestra religión. Para nosotros era el criminal más grande que puede darse y tenía que morir después de haberse proclamado Hijo de Dios.

ANÁS.- A la gente le fascinaban sus palabras. Se creían que era veraces y no lograban entender que sus hechos fueran falsos.

HERODES.- Un Hijo de Dios que no hablaba. Todo los milagros que se le atribuyen tenían que ser falsos. Delante de mí no se atrevió a pronunciar ni una palabra. La prueba de que estaba loco fue que no se quiso defender delante de mí de todas las acusaciones. En Galilea lo conocíamos muy bien. Un carpintero de

un pueblo que se hace Dios de repente y que hace milagros de carpintería barata.

(Ríen todos con grandes carcajadas.)

HERODES.- Intenté sonsacarle los trucos de que se valía para hacer tantos prodigios, como dicen que hacía. Pero claro, prefirió morir antes de que se supiese la verdad de todos sus engaños. Esa es la verdadera demostración de que era un farsante. Un carpintero, hijo de otro carpintero. Toda una familia dedicada a la carpintería.

(Todos ríen con grandes carcajadas. Entra por el lado opuesto un soldado con un grupo de personas atados con cadenas. Se presenta ante PILATOS y le hace el saludo militar extendiendo la mano. Entran con el soldado el CIEGO DE NACIMIENTO a quien curó JESÚS y LÁZARO al que resucitó.)

SOLDADO.- Hemos cogido a este grupo de personas que estaban gritando contra el ajusticiamiento de uno de los reos. Te los hemos traído para que nos digas qué tenemos que hacer con ellos.

PILATOS.- ¿Por qué tenéis que protestar? ¿Por qué no estáis de acuerdo con la muerte de Jesús el nazareno?

LÁZARO.- Porque Jesús de Nazaret no es ningún criminal, para que lo ejecuten de esa forma. No hizo nunca daño a nadie.

CAIFÁS.- (Dirigiéndose al que fue CIEGO DE NACIMIENTO.) ¿Y tú por qué protestabas?

CIEGO DE NACIMIENTO.- Porque no hizo nunca daño a nadie. Al contrario ha hecho mucho bien a todo el mundo.

ANÁS.- ¡Claro, te referirás a las curaciones milagrosas! También yo le estuve pidiendo que hiciera algún milagrito de los que dicen que hacía, pero no supo hacer ninguno para salir del estado en que se encontraba. Si en esos momentos es incapaz de tener algún recurso para salvarse es porque no los tenía. ¡Era un farsante!

PILATOS.- ¿También a vosotros os hizo algún milagro?

CIEGO DE NACIMIENTO.- Yo fui ciego de nacimiento y Él me sanó.

ANÁS.- ¿Eras un ciego completamente ciego, o un ciego parcialmente ciego, que ve todo por el rabillo del ojo?

(Ríen los cuatro mandatarios y los SOLDADOS por la ocurrencia de ANÁS.)

CIEGO DE NACIMIENTO.- Desde que nací hasta que Jesús de Nazaret me sanó, nunca pude ver la luz del sol. Yo creo que lo hizo para simbolizar la fe con la luz, las tinieblas con el pecado.

CAIFÁS.- ¿Cómo te sanó?

CIEGO DE NACIMIENTO.- Cogió barro del suelo, lo untó con su saliva y me ungió los ojos con ello. Luego me dijo que me bañara en la piscina de Siloé y al hacerlo recuperé la vista.

PILATOS.- Seguro que formas parte de una banda de farsantes que se llamaban discípulos. Estos han intentado presentar al falso profeta como si fuera un hacedor de prodigios; pero si yo te digo que en este mismo momento están comenzando en crucificar a tu maestro, sin que Él mismo pueda salvarse, ¿qué dirías tú?

CIEGO DE NACIMIENTO.- ¡No pueden hacerle eso! ¡Él no ha hecho mal a nadie!

(El CIEGO DE NACIMIENTO llora amargamente. PILATOS se dirige a LÁZARO.)

PILATOS.- ¿A ti también te ha hecho algún milagrito?

LÁZARO.- A mí me resucitó de entre los muertos.

(Se produce una expectación general. Los cuatro mandatarios se acercan a LÁZARO y lo examinan, haciendo gestos con el dedo en la frente como si se tratara de un loco.)

PILATOS.- ¡Increíble! ¡Un fantasma viviente! ¡Tenemos aquí a un fantasma viviente!

(Todos los asistentes se ríen de Lázaro, como si fuera un loco.)

CAIFÁS.- ¿De dónde eres tú?

LÁZARO.- De Betania.

ANÁS.- ¿Te habían enterrado, cuando te resucitó o estabas en tu camita, calentito, cuando se produjo la resurrección.

LÁZARO.- Hacía cuatro días que me habían enterrado y mi cuerpo se estaba ya pudriendo, cuando me resucitó.

PILATOS.- Dinos lo que se experimenta cuando uno está muerto.

LÁZARO.- Una profunda separación de Dios. En esta dimensión no existe ni el tiempo ni el espacio. Es como si fueras impelido por un gran imán universal a unirse a Dios y como si hubiese un obstáculo que lo impidiese. Se siente una ansiedad enorme, muy superior a todas las angustias de la vida.

HERODES.- ¿Y los gusanitos? ¿No te hacían daño los gusanitos, según te iban comiendo, poco a poco?

(Los cuatro mandatarios y los SOLDADOS se ríen y se burlan de LÁZARO.)

LÁZARO.- Una vez que el cuerpo ha muerto, el alma sigue viviendo en otra dimensión, fuera del tiempo y del espacio. Pero se puede sufrir. Eso depende de la conciencia de cada persona.

HERODES.- ¿Cómo tenías tú conciencia, si ya no existías, si no podías darte cuenta de nada? ¿No será que eres un vil mentiroso y que te estás exponiendo a que te castigemos con la muerte?

LÁZARO.- No tengo miedo a la muerte, porque la he experimentado y sé que voy a ser resucitado otra vez por Jesús Nazareno. Él me resucitó. Me llamó. Oí su voz desde el otro mundo y me encontré de nuevo en este. Sé que me va a volver a resucitar de entre los muertos, porque él mismo me lo afirmó.

CAIFÁS.- ¿Sabes lo que le está pasando ahora mismo a tu profeta nazareno? ¡Lo van a empezar a crucificar por hacerse Hijo de Dios!

LÁZARO.- ¡No se merecía eso! ¡No le podrán crucificar por haber hecho mal a nadie! ¡Era la bondad personificada! ¡No se merecía ningún castigo!

(LÁZARO llora amargamente.)

PILATOS.- (A los SOLDADOS.) Dejadles marchar. Ya no pueden ser peligrosos. Dentro de poco morirá su profeta y ellos no podrán convencer a nadie de sus supercherías.

(Los cuatro mandatarios con los SOLDADOS salen por la izquierda del escenario y por la derecha salen LÁZARO y el que fue ciego, mientras gritan llorando que JESÚS es inocente y que están castigando a un inocente. Se oyen truenos y relámpagos. Envuelto en una niebla espesa JUDAS entra en el escenario, huyendo de su culpa. Habla siempre con la inseguridad de una mala conciencia.)

JUDAS.- ¡Me presenté a los sumos sacerdotes para que cambiaran el veredicto de pena de muerte y no lo han querido hacer! ¡Les he arrojado al suelo el dinero que me dieron por traicionarle! Me bastaba con que le hubieran encarcelado y castigado, para que no extendiera sus ideas.

Lo que yo quería era vencerle. Aniquilar la compasión y destruir el amor. ¡Yo, Judas Iscariote, le he vencido! ¡He aniquilado la compasión y destruido el amor! Como siempre, ha vencido el odio sobre la tierra. ¡No podría ser Hijo de Dios, puesto que no utilizaba la fuerza para realizar sus planes! Todo lo que decía eran mentiras. Todos los milagros tenían que ser puro teatro. Pedro y Juan, sus confidentes, lo tenían que saber. Conmigo nunca quiso tener confianzas. Más le hubiera valido aliarse conmigo y dejarse llevar por mis consejos. Yo le hubiera llevado hasta los celotes de Galilea y allí le hubiéramos proclamado rey, un verdadero rey, para aplastar a los romanos.

Yo he demostrado a todo el mundo que era el ser más indefenso de la creación, el ser más débil de todos. ¡Ha sido todo tan fácil! Se refugiaba en el amor porque le tenía verdadero miedo al odio. ¡He sido más fuerte que él! El odio es la fuerza que mueve los cimientos del universo. Estaba confundido. Su estrategia de extender el amor sobre la tierra era errónea. ¡Otra vez ha triunfado

el dinero! ¡He desenmascarado a un falso profeta! ¡Ha sido todo tan fácil!

(Saca del interior de la túnica un puñal.)

¡Con este puñal hubiese llegado a matarle, para que no propagase sus ideas! **(Arroja el puñal despectivamente al suelo.)**

En su inocencia no creía que el dinero es la medida del odio sobre la tierra. ¡Sólo valía treinta monedas de plata! ¡No quisieron pagar más por Él! ¡Módico precio para el Hijo de Dios!

(Ríe de una manera nerviosa e insegura. Entre relámpagos y truenos con grandes efectos luminosos, se escucha la voz de JESÚS que desde la cruz dice: «Dios mío, por qué me has abandonado».)

Ha perdido su carisma y ha sido un juguete del poder. Está muriendo completamente abandonado de todos. No sabía gobernar. Primeramente hay que saber utilizar sutilmente la política y dirigir a la gente con mano dura, usando las herramientas de la gobernabilidad: el castigo y la venganza. Por eso le traicioné. Su enemigo no era Roma, su enemigo era el diablo, un ser inexistente, y mientras tanto los romanos están oprimiendo al pueblo. Lo único que quería era cambiar la identidad de la raza judía, cambiando nuestras costumbres.

(Entra por la derecha del escenario SAN PEDRO, asustado y atemorizado, al oír los truenos y relámpagos. Al ver a JUDAS, retrocede avergonzado y le increpa.)

S. PEDRO.- ¡Qué haces aquí, traidor! ¡Has sido capaz de entregar a nuestro maestro con un beso! ¡Cómo te has atrevido a tanto?

JUDAS.- ¡Le hubiese matado con mis mismas manos, si hubiera podido!

S. PEDRO.- ¡Ya me daba cuenta de que no le querías! ¡Te oía algunos comentarios que hacías y me daba la impresión de que eras como un extraño entre nosotros, porque en el fondo le despreciabas!

JUDAS.- Le despreciaba porque la raza judía tiene que ser una raza dominante, opresora de los demás pueblos. Si no, al tratarse de un pueblo tan pequeño, nos extinguirían fácilmente. Yo hubiera preferido aliarme con el mismo diablo, para adueñarme de todas las riquezas del mundo y obtener todos los placeres. ¡Este salvador no ha conseguido nada con su predicación! ¡Tanto trabajo para nada! Os he engañado a todos. Ni siquiera se daba cuenta de que yo le robaba constantemente. Le dije con cara de ingenuo que me ofrecía a dirigir la economía del grupo, organizando nuestras estancias y las limosnas por donde pasábamos. Era tan simple que me creyó y me agradeció el ofrecimiento. Desconocía que mi gran pasión era el dinero y que por dinero le vendería también a Él.

S. PEDRO.- ¿Todavía tienes la cara dura de confesar tus robos delante de mí? ¿Qué tipo de alimaña eres? Él nos dio su amor a manos llenas. Él fue un verdadero amigo, el mejor amigo que hayamos podido tener. Nos quería tanto, que dependía de nuestro amor como si fuera un niño indefenso.

JUDAS.- Se fiaba enteramente de los demás como un niño sin malicia. Estaba completamente loco. Era el loco más aparentemente cuerdo que he visto en mi vida. El destino de la humanidad está en la violencia del dinero, como hace Roma, la gran prostituta universal, que roba a todo el mundo para imponer su voluntad por la fuerza.

S. PEDRO.- ¡Calla, desgraciado, no te das cuenta de lo que has hecho! ¡Hablas como tuvieses toda la razón, cuando eres tú el más traidor de los mortales!

JUDAS.- ¿No es una locura querer gobernar por el amor! Yo no le decía nada, cuando pronunciaba sus discursos poéticos sobre un mundo idílico, imaginario, donde las criaturas tienen asegurado el sustento diario necesario para cada día. No sospechaba mis pensamientos, que le espiaba y le robaba constantemente. Yo me reía interiormente de sus teorías simplonas, aunque al exterior aparentaba obedecerle. Pero estas teorías calaban en las gentes y las hipnotizaban.

S. PEDRO.- ¡Miserable ladrón! ¡Tienes las manos manchadas de sangre y encima te vanaglorias de ser un ladrón despreciable!

JUDAS.- ¡Para qué le ha valido confiar más en ti que en mí! ¿Para qué le ha valido escuchar tus alabanzas? Vosotros todos le habéis abandonado. Tú, el predilecto, el fuerte, el que solía ensalzarlo delante de todos, le has abandonado. ¿Para qué llevaste la espada al huerto de los olivos? ¿Por qué huiste, cuando viste que el Maestro se entregaba como un corderillo al matadero? ¿Por qué no has querido morir con él, si eras tan valiente? Aparentabas creer

todo lo que te decía. Luego sucedió lo que tenía forzosamente que suceder. Empezó a creerse realmente el Hijo de Dios, sin poseer un ejército que le apoyase contra los enemigos.

S. PEDRO.- ¡Calla, desgraciado, no me tortures más con tus palabras! ¡Yo le quería, yo le quería..., le quería como a mí mismo, pero no sé lo que me pasó... ¡Quise defenderle y llevé mi espada...! ¡Me hubiese dejado matar por Él, pero no sé lo que me sucedió! ¡Al verle tan indefenso, al verle entregarse de aquella forma tan humillante, sentí miedo, un miedo que no pude superar y huí de los soldados como todos los demás!

(Llora amargamente, ocultándose la cara entre las manos.)

JUDAS.- ¡Lágrimas de cocodrilo! A buenas horas te pones a llorar como un chiquillo. Lo que pasa es que eres un cobarde, un inútil fanfarrón que no sabe aplicar la fuerza cuando es necesario. ¿Por qué llegó a incitar a los sumos sacerdotes, para que le mataran? ¿Cómo pudo decir delante de todo el mundo que podía reconstruir el templo de Jerusalén en tres días? ¡Atreverse a insultar a los sumos sacerdotes y a los fariseos, poniéndose de parte de los pobres y de los oprimidos! Esta ingenuidad pueril le ha costado la vida; pero yo he sabido sacar partido de su imbecilidad, aunque solo ha valido treinta monedas de plata!

(Ríe nerviosamente. Entre efectos sonoros y luminosos se oye la voz de JESÚS desde la cruz que dice: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».)

¡Esta manía que tenía de perdonar! ¡Mi pueblo no necesita un Mesías perdonador y perdedor! Tenía que morir. El Mesías que esperamos los judíos tiene que ser un Mesías triunfante, que nos libere para siempre del yugo romano.

S. PEDRO.- ¡Eres un loco insensato! ¡Con esas palabras te está perdonando! ¿Es que todavía no lo comprendes?

(Vuelve a llorar amargamente.)

JUDAS.- He de admitir que tenía una extraña personalidad y que podía haber llegado a ser un gran profeta. Si, al menos, hubiera incitado al pueblo contra Roma, yo le habría ayudado. Por eso busqué su compañía. Hubiera sido capaz de luchar y morir por esta causa; pero muere como un enemigo de los judíos, enemigo de su propio pueblo. Yo informé a los celotes en las montañas de Galilea

de que se trataba de un profeta que odiaba la violencia y la utilización de la fuerza. Me contestaron que había que destruirlo, para no confundir al pueblo y para que no siguiese desprestigiando a los fariseos.

S. PEDRO.- ¡Eres el ser más falso del universo! De haberlo sabido antes, te hubiera arrojado del grupo.

JUDAS.- Todos vosotros erais como yo, unos oportunistas. Mientras visteis que podríais aprovecharos de su prestigio ante el pueblo, le seguisteis, aparentando sumisión y obediencia. Os cansasteis de seguir a un jefe que se aliaba solo con los pobres, los enfermos y los necesitados.

(Ríe nerviosamente.)

S. PEDRO.- Tú has sido el único que nos has mentido a todos. Sin embargo todo esto ha sido tan misterioso. Hay algo que no comprendo, por qué te mandó que fueras a hacer lo que tenías que hacer. Lo oímos todos: «Lo que tienes que hacer, hazlo pronto». Tenía prisa por morir. Sabía que le ibas a traicionar y quiso acelerar la hora de su muerte cuanto antes.

(SAN PEDRO sigue llorando y JUDAS se queda pensativo y preocupado.)

S. PEDRO.- Se lo dijo a Juan. Yo se lo oí, cuando le dio el pan mojado con la salsa. Le dijo claramente que tú le ibas a traicionar. Se había enterado de todas tus manipulaciones. Te miró con una mirada especial, era como si te mandara hacer la misión más importante de su vida, una misión que no era de este mundo.

(JUDAS se pone muy nervioso y anda inquietamente por el escenario, dando muestras de una gran preocupación.)

S. PEDRO.- ¡Lo sabía todo! Cuando salías del cenáculo, le miré y quedé impresionado por su mirada que te siguió a lo largo de toda la habitación.

JUDAS.- Nunca me había mirado así. No pude resistir el fuego de aquellos ojos que me hicieron desviar la vista rápidamente, para pasar desapercibido. Casi me animó a que le traicionara. ¿Por qué no me lo echó en cara, si lo sabía? Su terrible mirada me ha

inoculado el remordimiento, que se retuerce en mi alma como una serpiente.

(JUDAS se pone más nervioso todavía.)

S. PEDRO.- Tenía una mente misteriosa, ocultando siempre sus decisiones. ¡Parece que deseaba que le traicionaras!

JUDAS.- ¿Por qué lo quería tanto? ¿Cómo pudo leer mis pensamientos? ¡Yo no se lo dije a nadie! ¡Nadie sabía mis manipulaciones! Nadie supo nunca que yo le robaba y que malgastaba su dinero en los burdeles del vicio. Siempre me cuidé de tenerlo muy oculto; pero Él lo sabía.

(Le entra un estremecimiento nervioso. Se muestra inseguro y pesoso.)

¡Estas tinieblas feroces me está helando las entrañas! ¡Lo sabía todo y nunca me reprochó nada! Había algo misterioso, oculto en su alma.

S. PEDRO.- Estaba seguro del triunfo del bien sobre el mal, del triunfo de la luz sobre las tinieblas, del triunfo del amor sobre el odio. Hablaba siempre de la luz de la verdad y de las tinieblas de la falsedad, como si la maldad fuese la ceguera y la bondad lo natural en el ser humano, cuando en la realidad es todo lo contrario.

JUDAS.- Según su forma de pensar, estoy manchado con las tinieblas de la mentira, manchado con el crimen de la traición. ¿Será verdad que la dignidad de una persona, solo la da el amor? ¿Será verdad que el amor es la pasión que mueve el universo? ¿Será posible que fuera el verdadero Mesías? ¡Ya es tarde para arrepentimientos!

S. PEDRO.- Me acuerdo de sus palabras: «Cuando fuera levantado de la tierra atraeré todas las cosas hacia mí». ¡Creía que su triunfo vendría después de su muerte!

JUDAS.- ¡Si triunfa, estoy completamente perdido! También dijo: «¡Ay de aquel por el que el Hijo del Hombre será traicionado, más le valiera no haber nacido». ¡Se refería a mí! ¡Se refería a mí!

(Entra en una profunda depresión. Se oyen relámpagos y truenos y el sonido de un terremoto con efectos luminosos sobre el escenario. Se oye la voz de JESÚS a lo lejos desde el Gólgota que dice: «Hijo, ahí tienes a tu madre».)

JUDAS.- Otra vez me atormenta el sonido de su voz. El sol también agoniza. La naturaleza protesta con rayos y truenos por la muerte de un inocente. Me siento miserable. Yo no creía que iba a causarle la muerte.

S. PEDRO.- ¡Desgraciado! ¿Cómo estará sufriendo ahora su madre María por tu culpa? ¡No tienes derecho a la vida!

(S. PEDRO se abalanza sobre él pegándole. Los dos caen al suelo, envueltos en una pelea. S. PEDRO se incorpora.)

S. PEDRO.- ¿Qué estoy haciendo? ¡Debería seguir las enseñanzas del Maestro y no tomar la justicia por mi mano! ¡Él nos está dando ejemplo!

JUDAS.- ¡Su madre! ¿Qué le podré decir a su madre, cuando la vea? ¡Su madre, el ser más infeliz del universo! ¡Cuántas veces me trató como si fuera su propio hijo! ¿Cómo la voy a mirar a los ojos, para hacerla recordar, cada vez que me vea, la muerte de su hijo?

S. PEDRO.- ¿Con qué cara te vas a presentar ante el pueblo, si todo el mundo lo está comentando, si todo el mundo sabe que tú fuiste el que traicionó con un beso al profeta?

(JUDAS se frota los labios desesperadamente con la túnica para limpiarlos.)

S. PEDRO.- ¡Tu traición ha sido fruto de tu odio y tu odio ha sido el fruto de tu desesperación, algo negativo en ti, un defecto despreciable de tu naturaleza!

(Se vuelve a oír desde lejos la voz de JESÚS que dice: «Tengo sed».)

S. PEDRO.- Tiene sed, Está explicando cómo se está muriendo, para demostrar después su resurrección. ¡Estas tinieblas en pleno día parecen indicar que hasta la naturaleza se avergüenza de tu traición!

JUDAS.- ¡Qué pasaría, si resucita, como lo hizo con Lázaro?

S. PEDRO.- Yo presencié aquella resurrección y fue verdadera. Maravillosamente verdadera para todos nosotros, menos para ti.

JUDAS.- El odio que le tenía me hicieron juzgarla como preparada y teatral.

S. PEDRO.- Pero fue verdadera. Lázaro había estado pudriéndose durante cuatro días en el sepulcro. Y sin embargo le resucitó. Lázaro está aquí en Jerusalén y va a venir dentro de poco.

JUDAS.- ¿Sería verdadera aquella resurrección? ¿No tenía unos poderes extraños? ¿No he presenciado muchos de sus poderes ocultos, algunos incomprensibles para mí?

(Entra LÁZARO por un lateral del escenario. Al ver a JUDAS se estremece e irrumpe en sollozos.)

LÁZARO.- ¡Tú has tenido la culpa de que prendieran a mi salvador! ¡Eres el traidor más abominable de toda la historia de la humanidad! ¿Qué pudo ocasionar tu desprecio inhumano? ¿No te trató con la misma deferencia que nos trató a todos los demás? ¿No fue Jesús tu mejor amigo, el amigo más desinteresado del mundo? ¿Por qué le odiabas tanto? Se ha corrido la voz de que le has vendido por treinta monedas de plata. ¡Barato precio para vender a un profeta! Maldito serás mil veces, hasta que te mueras, corroído por la pena y la desesperación.

S. PEDRO.- Has contribuido al asesinato de un inocente. El inocente más grande y maravilloso del universo. ¿Dónde podrás esconderte para que no te vean? ¿Qué perdón podrás merecer de los demás? ¿Cómo le pedirás perdón por haberle matado?

JUDAS.- ¡Yo no quería que lo matasen! ¡Solo quería que le dieran un escarmiento! ¡Fue mi afición al dinero la que me empujó a hacerlo! ¿Por qué me precipité tanto para traicionarle y no supe contenerme tan solo unos instantes, antes de ocasionar su muerte? ¡Cualquier otro podría haberle entregado! ¡Esta locura de temperamento que tengo no me deja nunca ni un momento de paz con mis arrebatos!

(Se restriega la boca con las manos para limpiársela y se frota al mismo tiempo las manos con la túnica.)

¡Esta boca está manchada con el beso que le di y estas manos están manchadas también con su sangre! ¿Cómo limpiarme estas manchas?

(Se oyen más relámpagos y truenos con efectos luminosos sobre el escenario. Se oye la voz de JESÚS a lo lejos en el Gólgota que dice: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».)

LÁZARO.- Hasta muriendo te está perdonando. Todos sabemos que quería morir para perdonar a todos los pecadores del mundo

JUDAS.- No he sabido lo que he hecho. ¡Qué ofuscación más terrible! ¡Me precipité demasiado, al hacerlo! ¿Quién me podrá perdonar? ¡El frío de este horrible día, transformado en noche, me está helando el alma! Estoy sucio. Mis manos están sucias. No me he sabido controlar a tiempo. He cometido un crimen horrendo, que nunca podré ocultar.

LÁZARO.- Todavía estás a tiempo para pedirle perdón. El maestro tiene un corazón tan grande, que si le pides perdón, te perdonará.

JUDAS.- ¡Todo el mundo lo comentará! El maestro me lavó los pies. No pude resistir su mirada, cuando lo hizo. Tuve que cerrar los ojos y mirar a otra parte. Aquel fuego de sus ojos, pidiéndome al mismo tiempo compasión. ¡Se refirió a mí, cuando dijo, que no todos estaban limpios! ¡Quería realmente morir para demostrar que podía resucitar por ser efectivamente Hijo de Dios!

S. PEDRO.- Ten por seguro que resucitará de entre los muertos. Todas sus profecías se cumplirán al pie de la letra. A mí me predijo que le iba a negar tres veces antes de que cante el gallo y así se cumplió exactamente como lo dijo. Nos examinaba con una manera misteriosa que tenía de ver las conciencias. Era como si estuviera por encima del bien y del mal, por encima del tiempo. Esa debe ser la única manera de poder comprenderlo todo. ¿Por qué no lo consideraste antes?

JUDAS.- ¡Se cumplirán de esta forma las escrituras! ¡No quiero vivir con esta pesada carga sobre mi conciencia! ¡Tengo que morir! ¡No podré soportar la vida ante los demás!

LÁZARO.- Pídelo perdón. Todavía estás a tiempo.

(Se oye de nuevo la voz de JESÚS entre efectos luminosos y acústicos que dice al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»)

S. PEDRO.- ¡Está prometiendo el cielo a uno de los dos ladrones que han sido ajusticiados con Él! ¡Señor, ten misericordia de nosotros!

(S. PEDRO y LÁZARO caen al suelo de rodillas y rezan.)

JUDAS.- Hoy entrará en el paraíso y desde allá se vengará de mi traición. No me podré esconder en ninguna parte. Su venganza será terrible. Por eso dijo aquellas palabras: «Ay, de aquel por el cual el Hijo del Hombre será entregado. Más le valiera no haber nacido». ¡Se refería a mí, se refería a mí! Andaré arrastrando mi culpa por el mundo mientras viva. ¡Es el destino de los traidores! Una noche continua en tinieblas sin ilusiones, ni consuelo!

(Se oye otra vez la voz de JESÚS que dice: «Todo se ha cumplido».)

S. PEDRO.- ¡Dice que se han cumplido las profecías! ¡Por qué he estado tan ciego y no lo comprendí a tiempo! ¡Ninguno de los discípulos lo comprendimos! ¡Nos daba miedo aquella decisión que tenía por morir! ¡Señor, ten piedad de nosotros!

LÁZARO.- ¡Jesús resucitará, como me resucitó a mí! Estoy completamente seguro de que resucitará. La muerte no es más que una fase inmediata de la luz a las tinieblas y Él sabe muy bien cómo pasar de una fase a otra, tal como lo hizo conmigo.

(Entra por la derecha del escenario el que fue CIEGO DE NACIMIENTO.)

CIEGO DE NACIMIENTO.- ¡El Maestro se está muriendo en la cruz! No he podido presenciar el espectáculo y he huido de allí.

S. PEDRO.- ¿Hay alguno de los nuestros presenciando la muerte?

CIEGO DE NACIMIENTO.- Está Juan acompañando a su madre y unas cuantas mujeres más. Todos los demás discípulos han huido.

S. PEDRO.- ¡Pobre María, madre de Jesús!

LÁZARO.- ¡Qué sufrimiento más horrible tiene que estar pasando!

(El CIEGO DE NACIMIENTO se fija en JUDAS y le increpa.)

CIEGO DE NACIMIENTO.- ¡Tú has sido el culpable de que le hayan cogido! ¡Tú le has entregado! No se habla de otra cosa en Jerusalén. Se dice que le has vendido por treinta monedas de plata. Por esa cantidad de dinero has vendido al mayor profeta del mundo. ¡Sobre tu conciencia caerá la culpa hasta que te mueras, maldito! ¡Maldito seas, Judas Iscariote! ¡Con tu traición has matado al profeta que me abrió los ojos del cuerpo y del alma!

JUDAS.- Esta oscuridad, estas tinieblas tan espesas me están torturando el alma. Lo afirmaba constantemente. Las escrituras se cumplirían de esta manera. Cualquiera podría haberlo entregado para que lo mataran; pero fui yo el que lo hizo. ¡Sólo por treinta monedas de plata! ¿Por qué me apresuré tanto a traicionarle y no lo medité antes? ¿Cómo he sido tan irreflexivo?

S. PEDRO.- Todavía estás a tiempo para pedirle perdón. Él puede todavía perdonarte, si se lo pides.

CIEGO DE NACIMIENTO.- ¡No sientes ni siquiera remordimiento por haber contribuido a matar a un inocente! Lo único que sientes es vergüenza ante los demás por el qué dirán. ¡Eres despreciable, Judas Iscariote! Voy al Gólgota a presenciar su muerte.

(Sale corriendo el CIEGO DE NACIMIENTO por el lado izquierdo del escenario.)

JUDAS.- ¡Ya es tarde para volver atrás! Solo me espera el odio y la venganza sobre la tierra. ¡He traicionado a la inocencia, a la verdad, al Hijo del Hombre, al Hijo de Dios! Soy despreciable porque odiaba su perfección, su ecuanimidad, su sabiduría, su paciencia, todas sus grandes virtudes. La fama de mi traición se extenderá por toda la tierra. Me he destruido a mí mismo para siempre. ¡Mi ideal de la violencia y la fuerza eran falsos! ¡No puede haber perdón para mi pecado!

LÁZARO.- ¡Él sabe perdonar siempre! ¡Así lo ha predicado! ¡Él te puede perdonar! ¡Judas, todavía le puedes pedir perdón! ¡Voy a pedirle perdón para todos!

(LÁZARO sale corriendo por el lado izquierdo del escenario. Otra vez se vuelve a oír la voz de JESÚS que dice: «Padre en tus manos encomiendo mi espíritu». S. PEDRO y LÁZARO lloran.)

S. PEDRO.- ¡Ha muerto ya! ¡Qué soledad tortura mi alma entre estas tinieblas fatídicas! ¡Ha muerto mi mejor amigo, mi maestro, mi Dios!

JUDAS.- Ha muerto, pero si resucita todo lo convertirá en triunfo, tal como aseguré, y yo iré por el mundo a solas con mi culpa, arrastrando mi pecado, mientras la gente a mi alrededor murmurará, llamándome traidor. ¡Me siento solo y aborrecido sobre la tierra! La oscuridad de mi pecado nunca podrá apagar la luz de su verdad y de su virtud.

S. PEDRO.- Resucitará, como aseguré y vendrá a juzgarnos. Al final la luz de su verdad triunfará sobre las tinieblas de la mentira.

JUDAS.- ¡Estaba confundido! ¿Qué será de mí? ¿Dónde me podré esconder de mi propia vergüenza? ¡Yo he ayudado a matar al Hijo de Dios, al gran Mesías! Prefiero morir, antes que soportar el peso de mi conciencia. No quiero que me vean y comenten lo que he hecho. La muerte me lo solucionará todo. No quiero pasar por una humillación y desprecio constantes.

S. PEDRO.- ¿Qué vas a hacer? ¡Pídele perdón! ¡Él sabía perdonar!

JUDAS.- ¡Me maldecirán. Me maldecirán mientras viva! ¡Mi angustia solo podrá terminar con la muerte! ¡Qué me puede deparar y a la vida, manchada con el odio, la mentira y la traición?

S. PEDRO.- ¡Judas, detente! ¿Qué vas a hacer? ¡Pídele perdón, que Él te perdonará!

(S. PEDRO intenta detenerle, pero JUDAS se dirige al árbol del fondo del escenario. SAN PEDRO vuelve a intentar detenerlo, pero JUDAS con la cuerda que hace de cinturón se cuelga de él entre los efectos sonoros y luminosos de los

truenos y relámpagos. La sombra fatídica del ahorcado se extiende por el fondo del escenario. SAN PEDRO sale corriendo por el lateral izquierdo entre relámpagos y truenos. Entran por la izquierda del escenario ANÁS y CAIFÁS.)

CAIFÁS.- Mira de este árbol se ha colgado Judas el que le traicionó. Todo esto me está resultando inquietante. Estas tinieblas inexplicables en este momento del día, este terremoto que ha habido precisamente en el momento de la muerte del falso profeta me están sumiendo en un profundo temor. ¿No habremos cometido un error al condenarlo? Todavía recuerdo la expresión de su cara. No puedo dejar de pensar en ella. Era como si nos juzgase Él a nosotros y no nosotros a Él. Era como si nos examinara al mismo tiempo. Sus discípulos dicen que prometió venir a juzgarnos a todos.

ANÁS.- Todo ha sido muy extraño; pero lo que más me preocupa son las palabras que ha dicho el ajusticiado. Ha muerto perdonando a todos. Era realmente un ser extraño.

CAIFÁS.- No nos debemos dejar influir por las palabras de un perturbado. Cuando esta crucifixión acabe, esperemos que todo vuelva a su cauce. Estas tinieblas tienen que ser un fenómeno atmosférico natural. Lo peor puede venir después, cuando sus discípulos digan que ha resucitado. Vamos a advertir a Pilatos de lo que puede suceder. ¡No nos hemos podido confundir! ¡Tenía que morir uno para salvarnos todos los demás! ¡Tenía que morir uno para salvarnos todos los demás!

ANÁS.- ¡Hemos obrado bien! ¡Hemos obrado bien! ¡Era un perturbado!

CAIFÁS.- ¡Sí, era un perturbado!

(Salen apresuradamente por la izquierda del escenario ANÁS y CAIFÁS entre relámpagos y truenos.)

FIN